

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LA TRAGEDIA

¿Y de qué habíamos de hablar? ¿Acaso pensamos en otra cosa; acaso esta tragedia de la vida real no nos absorbe, no borra todo lo demás, no obliga a poner en olvido las guerras, el problema económico, las amenazas del sombrío porvenir?

Pocos días hace, releía yo en la novela de Alfonso Daudet *El Nabab* la admirable descripción de la muerte del ministro de Estado, duque de Mora — muerte ocasionada por una causa tan ignominiosa como gloriosa es la que lleva al sepulcro a D. Antonio Cánovas del Castillo. — Inexplicable sensación, que ahora me parece semejante á vago presentimiento, me sobrecogía al recorrer las páginas donde el novelista francés expresa el terror, el temblido que produce en las entrañas de la sociedad la caída de uno de estos árboles gigantescos, cuya sombra se extiende á tanta distancia del tronco robusto, erguido y colosal... Casualmente la misma tarde vi cortar un árbol enorme. Atacado por el hacha, sujeto con cuerdas para que al desplomarse no derribase muros y no destrozase plantaciones, al quedar prendido sólo por unas cuantas pulgadas de madera á su base anchísima, de pronto, á un nuevo esfuerzo de los trabajadores que atirantaban las maromas, oyóse formidable crujido, intenso desgarramiento de fibras; la atmósfera gimio y resolló fragorosamente — como una persona que se asfixia, — rasgada y herida por el rápido paso del grueso mástil; y al chocar éste contra la tierra, oyóse un golpe mate y profundo, y la ramazón susurró con ese susurro prolongado y solemne que se nota por la tarde en el seno de los bosques muy frondosos. — Y después, tumbado ya el árbol, extinguido el eco de su caída, nos figuramos que se había quedado todo en derredor sordo y silencioso, en un silencio fúnebre, extraño, una parálisis repentina de la naturaleza... ¡Cuántas veces me acuerdo, desde el día 8 de agosto, del desplome del árbol grande!

No es posible contar las múltiples ramas ni las hondas raíces de ese roble majestuoso que se llamaba Cánovas del Castillo. El estupor que causa su muerte prueba hasta qué punto penetraba en el subsuelo y señoreaba el aire. Combatido por los huracanes, importunado por los venticillos de la sátira, la envidia y la hostilidad, no he visto otro que menos se conmoviese, que mejor diese el hermoso ejemplo del estoicismo en la acción. Los que éramos sus amigos, nada más que sus amigos, y le escuchábamos y recogíamos las migajas de su sabiduría y nos complacíamos refinadamente en saborear su ingenio, claro y vivo como terrón de sal pura; los que le preguntábamos para oírle y aprender, y sobre cualquier cuestión que se ofreciese al discurso, veíamos con asombro nunca disminuido salir de sus labios la sentencia profunda, la observación radiante de luz, la explicación satisfactoria é inesperada, la doctrina copiosa y jugosa y rebosando esa amarga dulzura de la experiencia; los que comprobábamos á cada momento cuánto le importaban la literatura y el arte, el interés con que seguía la evolución estética, podíamos creer, y á veces creíamos, que aquel docto varón había nacido, más que para la diaria batalla política, para la paz de la biblioteca, para trazar con seguro pulso páginas históricas, ó para legar á la posteridad alguna colección de máximas al estilo de las de La-

rochefoucauld ó Chamfort. Sin embargo, de pronto, en medio de animada conversación, en la cual parecía haber sacudido todo el peso de preocupaciones graves, un incidente cualquiera, una carta que le presentaban cerrada y enigmática como el destino, una alusión á sucesos recientes, la entrada apresurada de algún personaje político, ensombrecían por breves instantes su frente, inteligentísima bajo la aureola del poblado cabello blanco, denso aun en las entradas como el pelo de un joven; y la transición, en él rapidísima, de la vida puramente intelectual á la vida activa y de combate, descubría el temple de un alma de acero, la energía prodigiosa de un organismo en que el amplio cerebro, en vez de absorber las fuerzas vitales, las centuplicaba y las transformaba en inquebrantable voluntad.

Aquella entereza magnánima y varonil enseñaba á Cánovas á olvidar, ó á hacer como si olvidase — con un buen gusto que rayaba en aticismo — los peligros de que vivía rodeado. Cuando le encontrábamos en la severa sala de las armaduras (la sala donde presumo, á la hora en que esto escribo, que habrán expuesto su cadáver); cuando le oíamos de sobremesa referir episodios de la mocedad, evocar memorias de la época romántica, dibujar á grandes rasgos las figuras de Ayala, de la Avellaneda, de Zorrilla, ó recitar, alardeando de feliz memoria, estrofas de Quintana ó de Leopardi; cuando perfilaba, con meridional gracejo, la sabrosa anécdota, ó grababa en frase indeleble el histórico recuerdo, no podía menos de pegárenos su serenidad, aunque bajo nuestros pies — en los sótanos del elegante palacio á la italiana, el palacio de las flores, que criaba en sus estufas y en sus jardines magníficos los tulipanes y las orquídeas de las tres *corbeilles* de la mesa, siempre frescas, renovadas como por mano de los silfos — velaban día y noche hombres armados, una brigada de policía, destinada á impedir que la piqueta de los minadores subterráneos llegase á los fundamentos de la galería ó del comedor, y pudiese interrumpir el banquete del pavoroso trueno de la dinamita.

Hubo, sin embargo, un momento en que sentí, y debieron de sentir también otros, el frío del temor, la impresión fatídica de un *aviso*. No es que tengamos la pretensión de leer en lo futuro, ni que ningún agente extranatural se encargue de anunciarnoslo: es sencillamente que las combinaciones posibles de los sucesos se nos presentan á la imaginación, y ésta se sobrecege y espanta. En el momento á que aludo vi lo que no suele verse en esas existencias, tan brillantes, que concitan y exasperan las malas pasiones: vi, digo, el lado obscuro, el punto negro, la fatal zona de sombra. Fué la primera vez que visité la *Huerta* después del atentado de la bomba, del cual no se habló mucho en Madrid, y por el cual nadie apareció menos alarmado que el propio Cánovas del Castillo, contra quien se dirigía. El criminal que intentó lanzar dentro del parque y hacia la morada del insigne político la máquina explosiva, fué castigado inmediatamente por su mismo crimen: la bomba le destrozó. Tal desenlace parecía á algunos de los mejores amigos de Cánovas un signo de su buena estrella, un golpe acertado y hasta ejemplar de la suerte. Sólo un detalle de aquel suceso me quedó clavado en la fantasía, asombrándola. Y fué que, mientras el cuerpo despedazado del sectario iba á caer á un desmonte próximo, su mano derecha — la mano que había arrojado la bomba, — separada del brazo, salvando la tapia, caía dentro del parque. Al cruzar por las calles de éste, enarenadas, silenciosas, apenas alumbradas por algún foco eléctrico; al pensar en lo que representa de bienestar y de goce, en medio de la aridez y el bullicio de Madrid, una *huerta* semejante, que no es el mezquino jardinete de los hoteles á la moderna, sino un pedazo de sitio real, con su arbolado vigoroso y añoso, su lago, sus fuentes abundantes y claras, sus rincones de sombra y frescor, sus alegres perspectivas de paisaje, de sol filtrado al través de la verdura; al observar una vez más lo bien que de tan apacible y rico fondo se destacaba la figura del sabio, del pensador, del hombre de Estado que allí tenía sus delicias, un involuntario pavor se apoderó de mí, recordando que en aquellas mismas frondas grandiosas y tranquilas, sobre la felpa verde del *grass* cuidadosamente recortado — al borde de aquel lago donde nadaban los cisnes negros y blancos, haciendo ondular con reposo su fino cuello, quizás entre los macizos de rosales, — acababa de caer, como siniestro aerolito, la mano destrozada del anarquista, ¡la horrible mano exangüe!

Muchas veces esta idea me causó frío en el corazón; muchas veces pensé en aquel despojo humano lanzado por ciega rabia destructora en medio del lujo y de la grandeza, como para abofetear á lo más alto, al poder, al genio, á la inteligencia, soberana del mundo... Mas, ya lo he dicho, la sangre fría es con-

tagiosa, la calma infunde calma, y en medio de ciertos momentáneos recelos que acaso sentíamos muchos sin decirnoslo, Cánovas nos parecía invulnerable... Si es cierto, como refieren los periódicos, que allá en su juventud, una gitana le predijo que moriría de muerte violenta, la predicción no debió de hacerle otra mella que á Julio César los prodigios que según Suetonio, anunciaron su próximo fin, las advertencias de los augures y los tristes sueños de la fiel Calpurnia. En estos últimos días de la vida de Cánovas, no sé que pueda haber nada más trágico que la confianza y descuido de hombre tan amenazado y tan emplazado como él; su indiferencia hacia las precauciones, sus salidas á pie y solo, sus hábitos iguales á los del bañista más obscuro que se sienta á la puerta del balneario para leer pacíficamente un periódico; mientras el asesino, con perseverancia que eriza el cabello, le seguía, le avizoraba, pisaba sus huellas hora por hora, aguardando el momento seguro y favorable, y pasaba rozándole, sin que ningún estremecimiento secreto advirtiese á la víctima, que su destino estaba allí cerca, implacable y acecho.

Hay quien dice que el desenlace de la vida de Cánovas fué tal cual él lo desearía, y glorioso á proporción de su gloria. No niego que campea imponente la estatua sobre el pedestal de mármol negro y pórfido rojo que terribles circunstancias alzaron; pero no nos sirve de consuelo á los que por él sentían afecto inalterable, ni creemos, dígame la verdad, que muriendo de muerte menos horrenda no reconociese la posteridad sus merecimientos ni justipreciase su valía. Pudo al borroso y frío Carnot realizarle la voluntad de otro asesino italiano; Cánovas no necesitaba tal realce. Prometáale su robusta complexión salud en la longevidad, y su experiencia creciente prudencia acendrada por los años, le señalaban por consejero y moderador político, cuando no fuese piloto en ejercicio de esta pobre nave tan contrastada y batida por las tormentas. Deja á la patria á orillas del precipicio, cercada de peligros y agobiada de tribulaciones infinitas; y las abundantes lágrimas que he visto derramar, á la noticia del asesinato, á personas que nada debían á Cánovas, que nada esperaban de él, que sólo de vista y nombre le conocían, que en vida ni aun eran entusiastas de su política y de sus principios, no demuestran solamente la efusión de sensibilidad y la humanitaria protesta de las ciencias honradas contra un acto bárbaro é inicuo, responden á la convicción de que al derrumbarse Cánovas, se derrumba el baluarte de España, la fortaleza donde nos refugiábamos, donde se reconstruía enérgica la defensa nacional...

Por eso el dolor de todos ha respondido al dolor de una mujer tan noble y buena siempre como íntima ahora — dolor sagrado, que hasta parece que profana la tinta de imprenta al caer sobre él, — y que merece el respeto del silencio, la callada simpatía que se inclina profundamente, pensando en el único consolador verdadero — que no es por cierto el tiempo, no. Más arriba.

EMILIA PARDO BAZÁN